

millones. En virtud de estos datos, cabe pensar que la presión migratoria hacia los países europeos será fortísima en las próximas décadas.

¿Cómo canalizar este flujo? Las políticas que se van imponiendo en los países de la CEE, concuerdan en luchar contra los inmigrantes clandestinos, a través de un mayor control en las fronteras y de sanciones más duras contra quienes los emplean (y a veces explotan). Italia, que ostenta el poco envidiable récord europeo de inmigración clandestina, acaba de ofrecer una amnistía, con la que se han puesto en regla más de 220.000 extranjeros. La alternativa es la expulsión del país. Al mismo tiempo, se va abriendo paso la idea de establecer —como en Norteamérica— un sistema de cuotas en la admisión de trabajadores extranjeros, de acuerdo con las necesidades del mercado laboral y las posibilidades de acogida.

Pero la experiencia enseña que ningún país democrático puede esperar resolver el problema de la inmigración sólo mediante rígidos controles en la frontera. La cuestión decisiva es cómo lograr la integración de los que ya están dentro y de los que inevitablemente llegarán. Europa debe decidir si está dispuesta a evolucionar hacia una sociedad multiétnica o si pretende considerar a los inmigrantes como trabajadores de paso. ¿Es posible su asimilación dentro de los valores de la identidad europea? ¿Desean ellos integrarse por completo? ¿Hay que verlos como trabajadores o como futuros europeos?

Ninguno de los modelos de asimilación de los inmigrantes seguidos hasta ahora en Europa ha resultado plenamente satisfactorio. El modelo francés, que ha apostado por la carta de la integración, está revelando sus limitaciones. Los chispazos de episodios de intolerancia en las zonas con mayor concentración de inmigrantes, la reciente polémica nacional sobre el uso del velo islámico en la escuela, o el

hecho de que la construcción de mezquitas se convierta a veces en tema de debate electoral, indican un difuso temor a que la identidad nacional resulte amenazada por una población inmigrante que prefiere conservar sus costumbres.

A su vez, el modelo alemán, que ha tendido a ver a los inmigrantes como «trabajadores huéspedes» temporales, no ha favorecido la convivencia con las comunidades de millones de «Gastarbeiter». Ahora, con el relanzamiento de la identidad alemana, se da prioridad a los inmigrantes de origen germánico de los países del Este. Al mismo tiempo, el Gobierno intenta facilitar la integración de los inmigrantes instalados desde hace tiempo en el país (simplificando los requisitos para adquirir la nacionalidad) y prohibir la estancia prolongada de asalariados extracomunitarios.

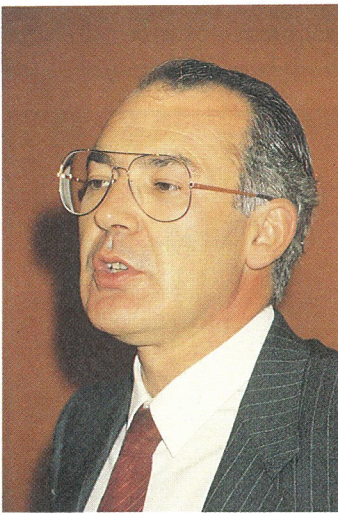
Pero una cosa es adquirir la nacionalidad y otra cambiar de cultura y de mentalidad. Sin duda, Europa tendrá que acostumbrarse a respetar las diferencias. Pero, a veces, el «derecho a la diferencia» entra en colisión con otros derechos. Así, en un debate parlamentario en Francia, ya alguno pedía una ley contra... la poligamia.

Sería simplificador ver en esto una cuestión de racismo «versus» tolerancia. El racismo significa creer en la inferioridad de una raza. En cambio, la inmigración plantea un conflicto entre grupos que, aunque se reconozcan idéntica dignidad, permanecen profundamente divididos por diferencias de mentalidad, de costumbres, de valores. Europa está empezando a descubrir su propia «cuestión étnica». Y está por ver si funcionará un «melting pot» europeo, capaz de asimilar razas y nacionalidades diversas, o si serán los inmigrantes quienes cambiarán lo que, hasta ahora, ha sido la identidad del Viejo Continente. ■

Ignacio Aréchaga es licenciado en Ciencias Económicas y periodista. Corresponsal en Roma de la agencia Acepres.

Elecciones en el País Vasco

Por Guillermo Gortázar



Ardanza.

El Gobierno de coalición de la Comunidad Autónoma Vasca, PNV-PSOE ha sido un matrimonio de conveniencia. El PNV retenía el poder y aislaba a Eusko Alkartasuna, su principal enemigo político. El PSOE apoyaba al PNV y a cambio se incorporaba al Gobierno vasco de modo que salía de la marginalidad política vasca, del «gheto» al que había sido relegado por la mayoría nacionalista. Pero este matrimonio de conveniencia ha resultado finalmente positivo para el País Vasco, por cuanto ha contribuido a la normalización política y ha facilitado el entendimiento entre todas las fuerzas del Bloque Democrático. Por el contrario, ETA y su entorno están más aislados que nunca, en un proceso abierto, de crisis y, en algunos casos, de autoliquidación.

Las inminentes elecciones autonómicas, serán una buena oportunidad para medir el alcance y sentido de la normalización. A mi juicio, la violencia y la tensión política de los últimos

años, ha distorsionado la representatividad del actual sistema de partidos en el País Vasco. Hoy, el electorado de Centro-Derecha vasquista, no nacionalista, se encuentra subrepresentado con tan sólo cuatro diputados de los 75 que componen la Cámara autonómica, cuando la suma de votantes del PP y del CDS representan aproximadamente el 15 por 100. Y es que buen número de electores que en las Elecciones Generales votan al Centro-Derecha, prefieren votar al PNV con ocasión de las elecciones autonómicas. Sin embargo, las propuestas de autoterminación del PNV tensionaron inútilmente la convivencia política el pasado mes de enero. Las confusas alusiones del lehendakari Ardanza sobre su conocimiento de las consignas de ETA, con ocasión de los dramáticos acontecimientos de la Foz de Lumbiere y la reiterada negativa de Arzallus a aceptar la Constitución Española, sugieren que el PNV no puede moderar su proyecto nacionalista y por tanto representa, muy forzosamente, los intereses generales de los electores vasquistas no nacionalistas.

La normalización y clarificación del mapa político del País Vasco, se producirá cuando finalice la necesidad del «Gobierno de emergencia» PNV-PSOE y sea posible contraponer y comparar los distintos proyectos políticos de nacionalistas, socialistas y del Centro-Derecha no nacionalistas, tal y como ocurre en Cataluña o en otros estados de la Comunidad Económica Europea con elecciones regionales. ■

Guillermo Gortázar es historiador.